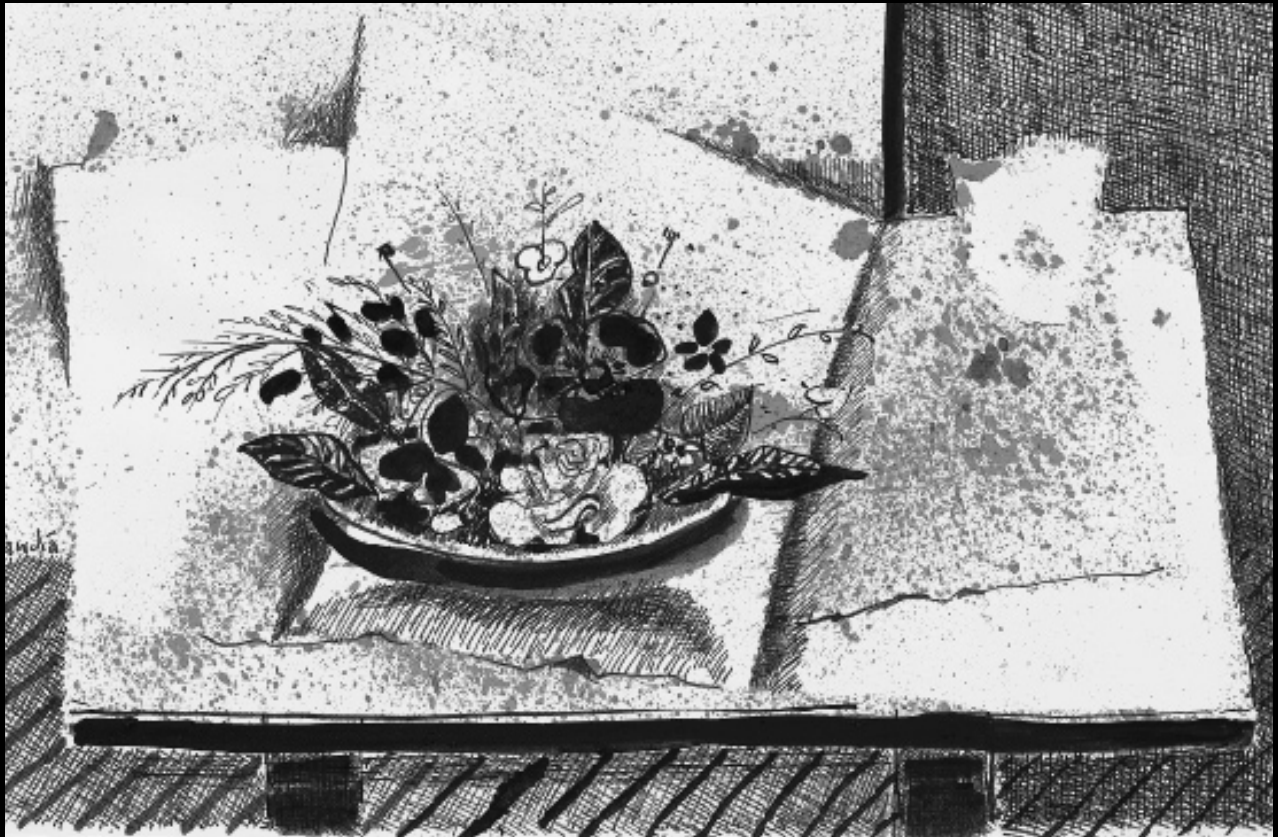
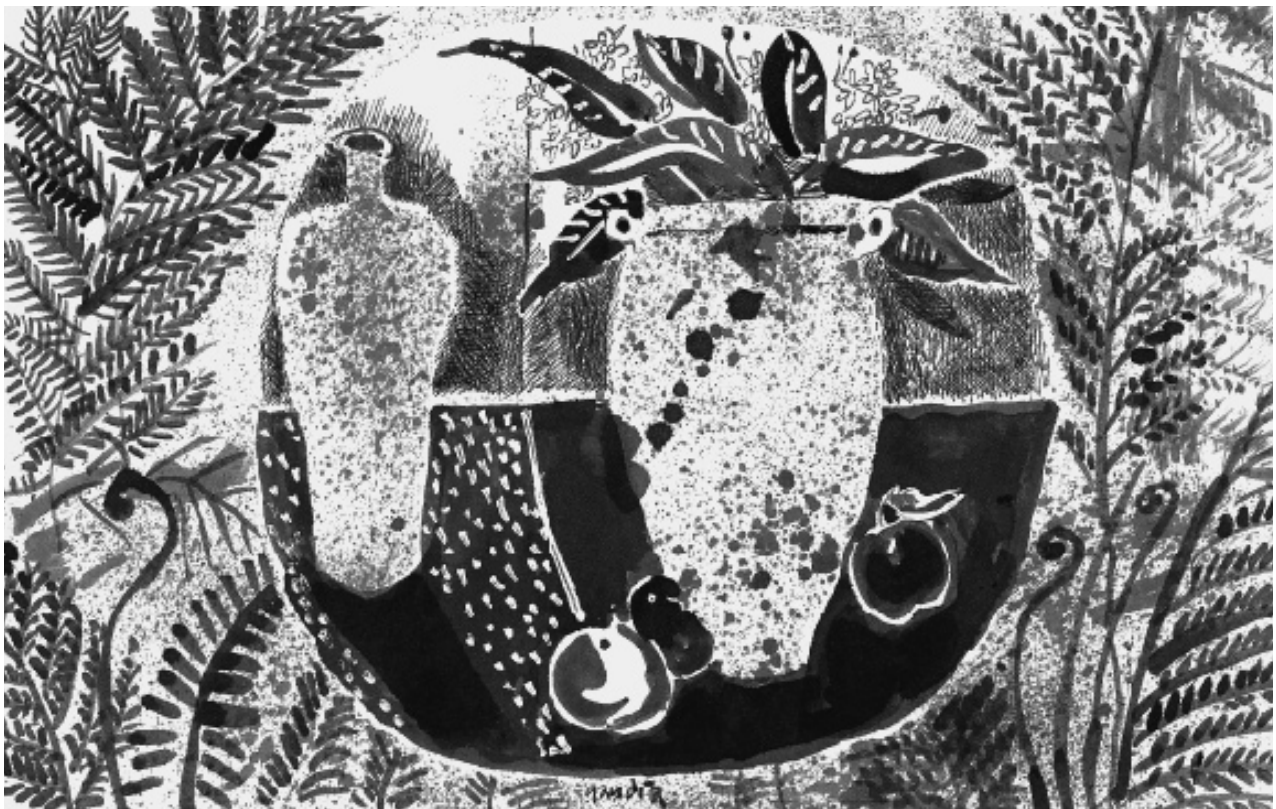


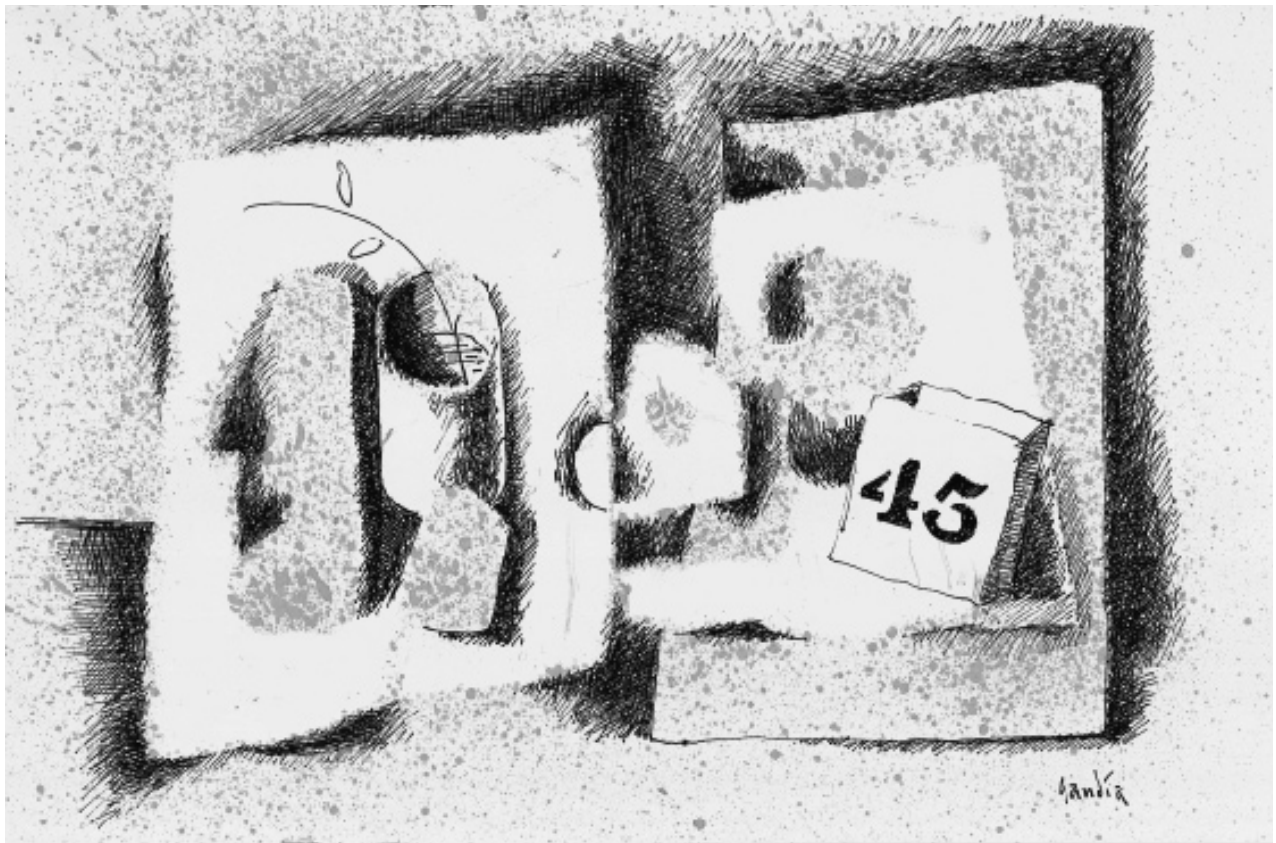
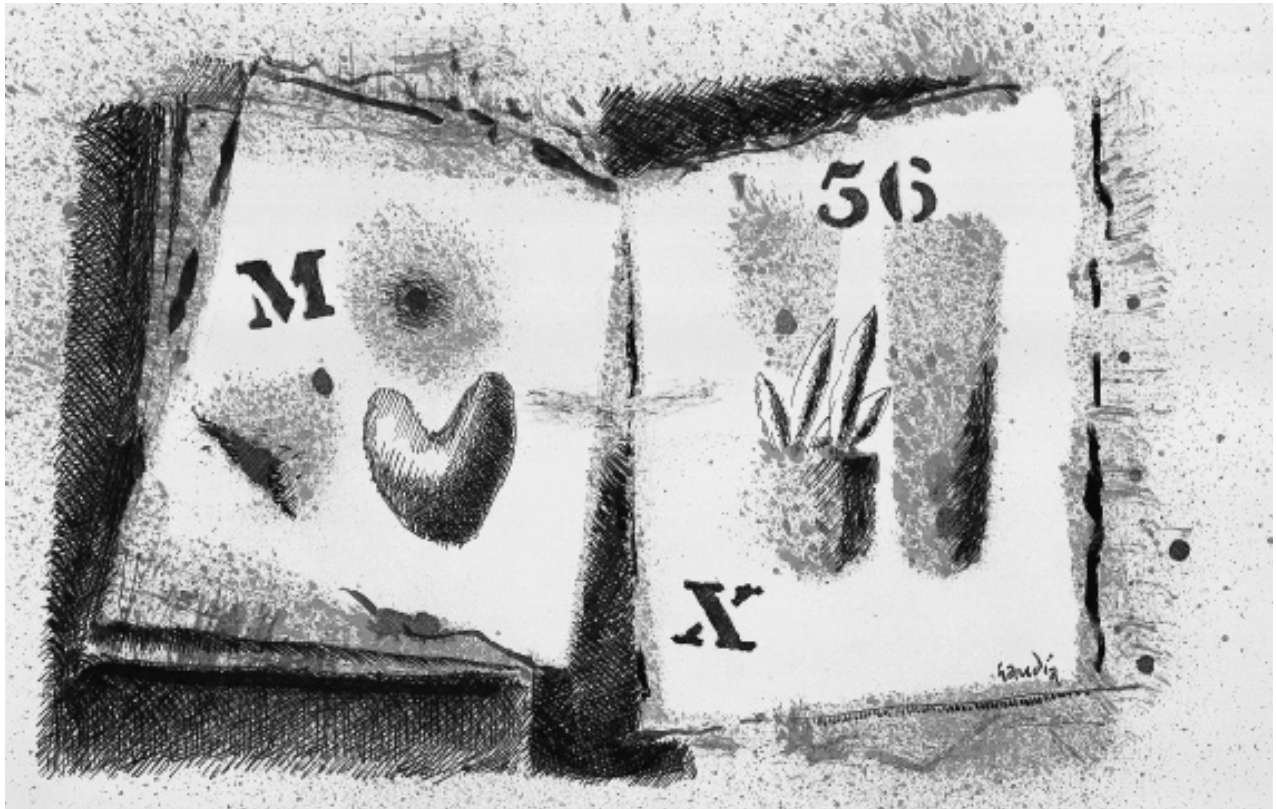
# Los tiempos de la Creación

Javier García-Galiano



En “Los tiempos”, uno de los poemas incluidos en *Versiones*, Eliseo Diego descubrió que “el tiempo del Paraíso es el suave gotear del agua, cuando acaba de llover, entre las hojas del plátano”. Quizá sin proponérselo, desde hace mucho, Vicente Gandía ha ido conformando algunas de las representaciones posibles de ese tiempo original. En sus cuadros, me parece, se puede intuir ese estado que se considera perdido, que acaso permanece como una añoranza o una iluminación inmediata.







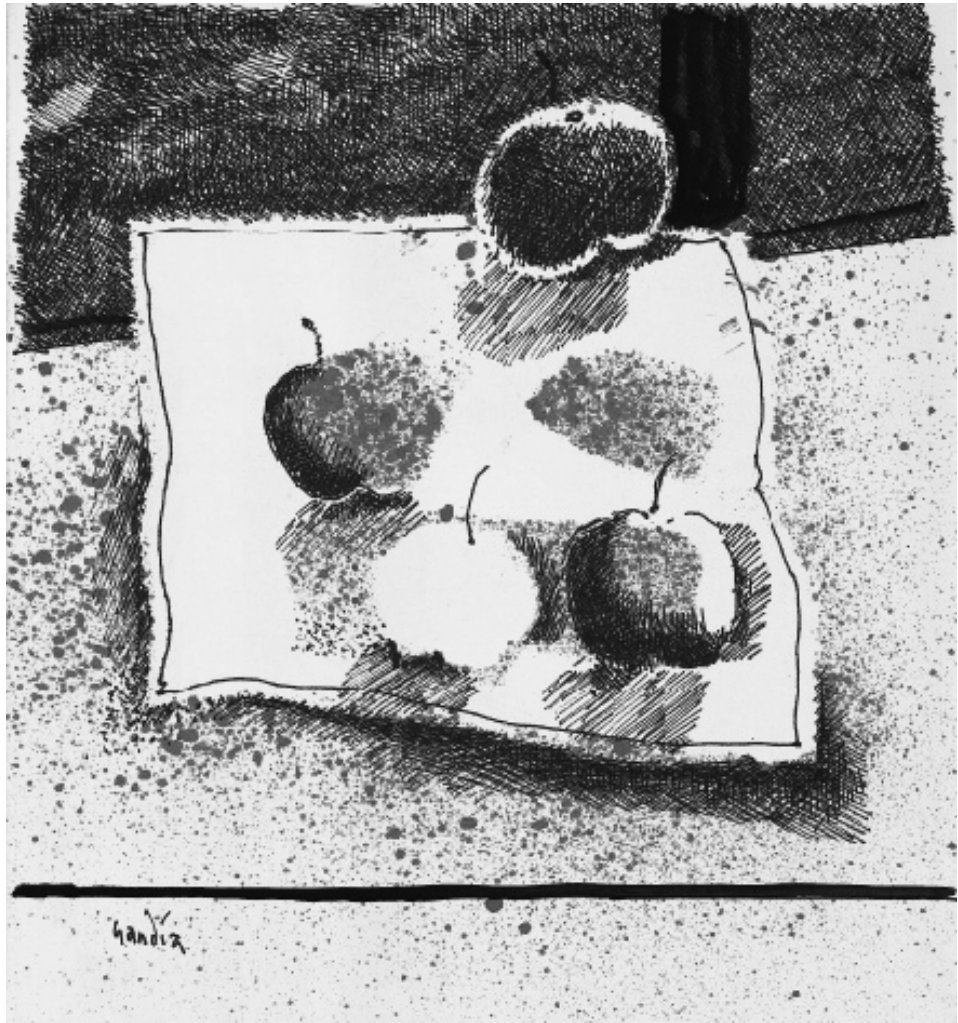


En sus interiores solitarios, como en sus ventanas, como en sus paisajes marítimos, como en su íntimo universo botánico, que suele transformarse en un jardín, en un bodegón, en las hojas de una palma en la pared, predomina una calma incitante, pero asimismo se adivina un misterio inmediato que, como los verdaderos misterios, nunca será revelado, y que acaso se oculta en las cosas simples, en la cotidianidad repetida, a la que, con demasiada frecuencia, no se atiende porque se ha vuelto demasiado familiar.

En su "Informe del Cielo y del Infierno", Silvina Ocampo refiere que "el Cielo y el Infierno contienen en sus galerías hacinamientos que no asombrarán a nadie, porque son los que habitualmente hay en las casas del mundo". Aclara que si la rosa que a uno le regalan es un trapo o la cara de la mujer es un leño descascarado y furioso, son los ojos propios, y no Dios,

los que los han creado así. Finalmente confiesa que, durante la agonía, los ángeles y los demonios se acercarán al lecho de cada uno de nosotros para distraer nuestro ánimo y mostrarnos los objetos de nuestra preferencia. Entonces hay que tener cuidado, pues si se eligen más cosas del Infierno que del Cielo, se puede tal vez ir al Cielo; de lo contrario, si se eligen más cosas del Cielo que del Infierno, se corre el riesgo de ir al Infierno; pues el amor a las cosas celestiales denota mera concupiscencia.

Como en el texto de Silvina Ocampo, la dicha y la tiniebla de Vicente Gandía está hecha de objetos cercanos, que en muchos cuadros se vuelven inquietantes: un par de sillas vacías en un jardín, el pliegue de un mantel, una sombrilla en la playa, una lámpara, un espejo que refleja lo pintado, un vaso de agua que no importa que pueda ser una referencia a *Muerte sin fin* de José Gorostiza, porque en la pintura de Vicente Gan-



día nada ocurre fuera del cuadro y todo puede suceder en el espectador.

Pero no sólo en los objetos se sospecha, a veces, algo perturbador que amenaza la quietud que suele prevalecer en la obra de Gandía; también un color, un rasgo cualquiera, una mancha en la pared o la luz de un tragaluz se vuelven, por momentos, inquietantes, lo cual, creo, obedece al penetrante sentido del humor del pintor.

Esos juegos provocadores adquieren distintas formas en su obra. Una naturaleza muerta, por ejemplo, compuesta por los mismos elementos, puede transformarse por medio del color: de la penumbra al amarillo al rojo, de la misma manera en la que cambia en los diversos instantes de un día. Un florero revela nuevas percepciones al ser esbozado en remiendos de tela blanca. Una misma

manzana se hace diferente al ser reproducida de seis distintos modos en un mismo cuadro. Porque Vicente Gandía indaga constantemente en la pintura sin alardes, ejerciendo la curiosidad también en la forma y en la técnica que domina con asombrosa naturalidad, sin esas ostentaciones que terminan por representarse a sí mismas.

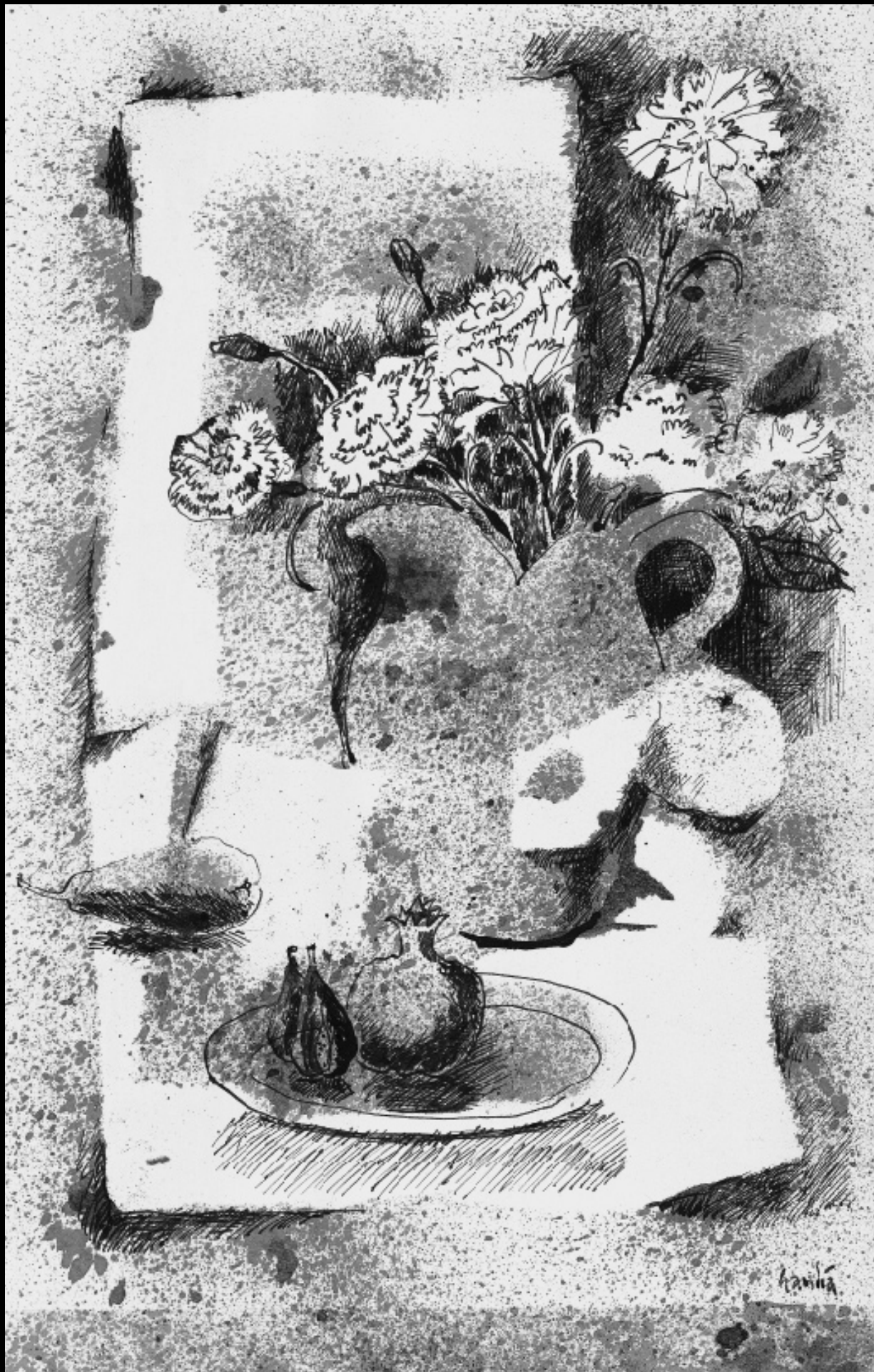
Eliseo Diego escribió, en la "Oda a la joven luz", que en su país la luz es mucho más que el tiempo, que se resiste a la memoria y no mira las modestas victorias del sentido, ni los finos desastres de la suerte. De manera semejante, en la obra de Vicente Gandía, el tiempo se ha convertido en luz, la cual adopta distintas formas: a veces se parece a la del trópico, a veces a la del Mediterráneo, pero también a la de su reflejo en una hoja de palmera y a la penumbra de un rincón por descubrir... ①

Como asombrosa respuesta al deseo de *Los Universitarios* de dedicar algunas páginas a su magnífica obra, y ante la imposibilidad de reproducirla a color, Vicente Gandía tuvo un gesto de generosidad sin igual: pintó para la revista los bellísimos y luminosos cuadros que aquí presentamos, acompañados de un texto obligadamente breve.

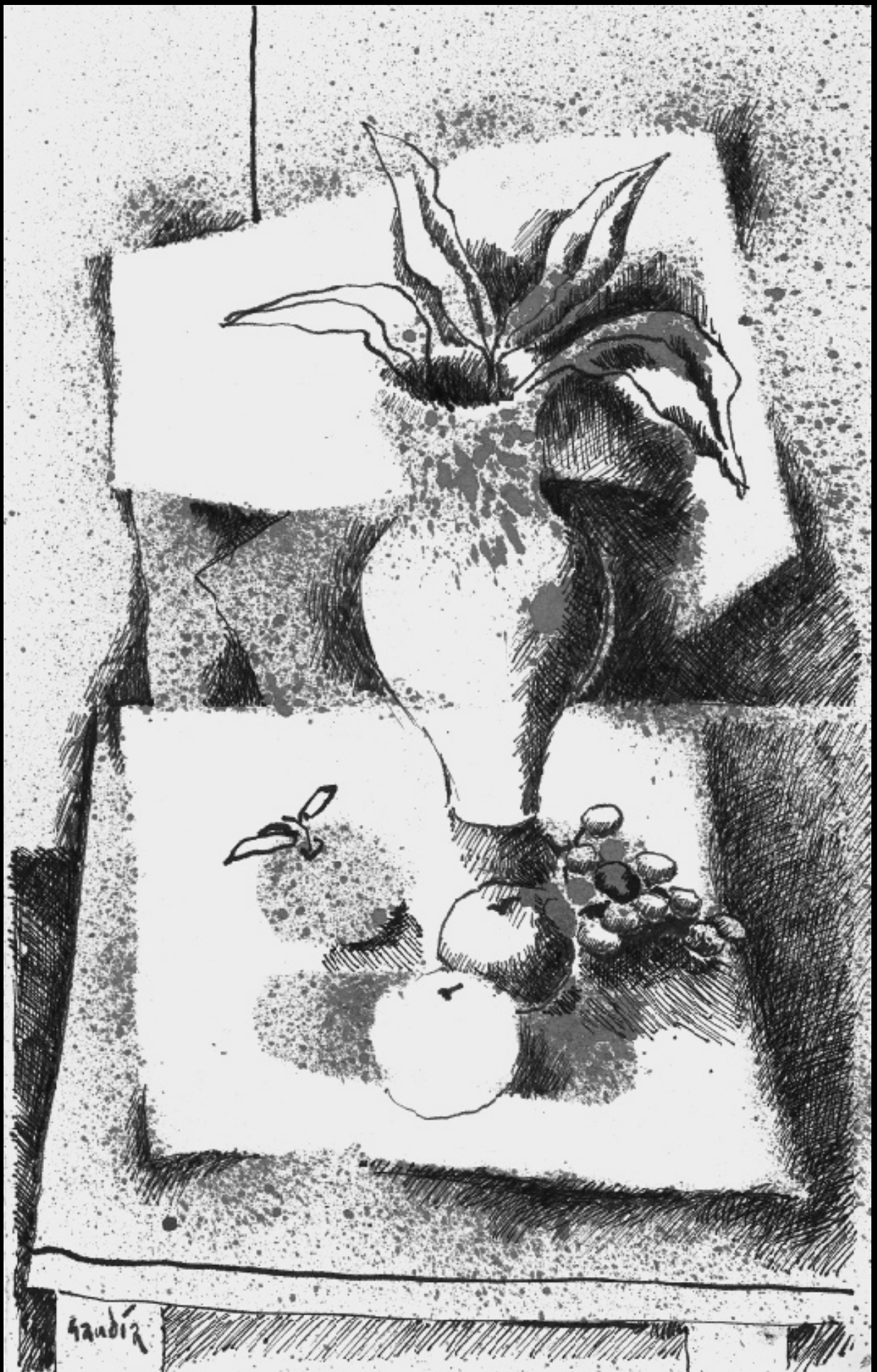




Gandhi







Gaudí



